

Lautaro Yankas

## Eslabones

### A PROPÓSITO DE LA VIDA



RIMER día que siento la luz y pienso a su calor.

Vivas fosforescencias corren por mi cerebro. En pleno invierno, este sol hincha los renuevos de mi juventud, quiebra el acero que atraviesa mi alma y hace que desde los altos de esta casa, tienda mi vista al ras de los tejados, rumbo a la montaña—sus cráteres—nieve. La macicez lominhiesta, nieves.

Permanezco inmóvil. Mis piernas se calientan; no sé quién las estiró en un rectángulo de sol. Mi cabeza, en la sombra fría, dilata imperceptiblemente su volumen, como un ascua. Y por ahí, no sé donde, alguien me apunta la inconveniencia de estas cuatro paredes, con su piso y su tapa funeral.

Ocupo el hueco de la torre... En lo alto, a guisa de cruz, he clavado un ritmo humano—feroz, simple—eterno, símbolo abstruso para el mundo. Campea a todos los vientos, sobre la cruz de los puntos cardinales.

El aire del cuarto, atigrado de sol, me estrecha. Pienso que mi corazón, poseyéndome, es el badajo de esta campana curiosa y más alta que una horca. Soy el corazón, el badajo, es claro. Pero el bronce que lo mura no responde al contacto más recio con gritos poderosos, como el bronce de crisol.

Pero ahora! en lo alto de esta torre odiada, la campana dobla, acrecentando por las tardes su aliento: la ciudad calla—luz bruta sobre el tranquear desbaratado de las gentes, las avecillas huyendo—su piar—dejan tris en todo el cielo.

¡Cuán hondo es el latido de mi vida sobre la humanidad sorda!

Este bronce que no admite forja sino en desmedro de su primitiva pureza, llama, solloza, gime en vano, envuelto ya en la luz, ya en la tiniebla; otros bronces corrompieron la fe y la fidelidad.

En vano se sacude algo dentro de mí. De la calle salta un alarido; una nube de risas se deshace equeando. Una campana, lejos, dobla torvamente; ronca, ronca como un viejo criminal en su guarida.

\* \* \*

Me han dicho sonriendo que me volveré loco; tiempo adelante, con perfidia, que estaba loco; y ayer, en el tono que se usa con los convalecientes, que sólo borroneé asuntos ligeros, para entretenerme y entretener. Está bien, je, je; está bien, buenas gentes.

## EN LA NOCHE

No hay otra hora para mi paz. ¡Y qué paz! Todos duermen; así lo creo. Antes de alumbrar mi torre he puesto colgaduras negras delante de las puertas peligrosas; si no, ya estarían arañando los demonios de la vida. Sólo la ventana está desnuda; sus cristales—córneas, fijos en la noche que negrea y trasuda sobre el arrabal.

Al fondo, sobre una encrucijada, se clava una luz. Tiempo ha, cuando aun no existía, fueron apuñaleados allí y descuartizados dos enamorados furtivos. La luz sangrienta; su poder, enajenado al mal, secreto y fuerte.

¡Por el mal! De día, el llamado que propicia esta torre heteróclita deambula por los silencios a la busca de la conciencia de los hombres. Esta noche, el ventanuco es un ojo encendido de amarillo, alucinado ante el caserío que dormita, caserío cuyo corazón se hincha de sangre por el aliento de la tierra fría, del aire y las estrellas.

El hombre no desdeña las luces de las calles, para ir hacia la sombra y el sueño, en donde se repite el ritmo de su resurrección «por los siglos de los siglos».

## AULLIDOS

El de un hombre ha cruzado el silencio. ¡Oh, cómo está alerta mi terror! Allá va su aviso. Pienso que pude haber respondido aullando. He vivido el límite alto del terror, el silencio, sobre el impulso de mi sangre. ¿Qué

duda cabe? ¿Mi acento más cercano no hubiera sido el aullido? Pero no lo hice. Je, je, Humanidad.

Sí; por eso el dolor tiene un terrible ademán mortal, el silencio. ¡Que no haya un eco, señores! Por la dignidad... Y hay razón. Los aullidos de los hombres se pierden en la noche; el alma de los que escuchan es vasta como la bóveda estrellada. El hombre calla su mal.

Aúlla. No es hambre, no es terror. Aúlla un hombre.

### LA HORCA ETERNA

Oigo ruido en la casa; deslizo la luz en la tiniebla, con sigilo, así, así. Sonrío. La lámpara en la encrucijada—recuerdo de placer—muerte. Pero me preocupa de súbito la arruga de mi sonrisa en la tiniebla. ¿Cómo es?

Doce campanadas—un reloj—juegan a los esferismos concéntricos detrás de la pared de la derecha.

Tinieblas.

Curioso destino el de ese mecanismo que cuelga de la pared de la derecha.

¿Campanero de nuestro destino? Estos seres mecánico-artificiales tienen su destino. Evidente. ¿Y son ellos copias del humano mecanismo, reflejos de la mecánica trascendental?... El destino de las máquinas—el reloj es un forzado de la horca eterna, que se columpia por designio en el vacío de su caja—su destino, digo, ¿no se acoge, tal vez, al destino del inventor, del hombre, del hinchado YO? Y el hombre, otro ahorcado eterno, gravitante y móvil, columpiándose en la caja-Universo, cam-

panero de qué destino? Ja, ja, ja, ja.. ¡Ahorcado de la pared, hermano mío!

Mis carcajadas a todo pulmón cortan la noche en zig-zags.

La lámpara lejana traspasa los cristales hacia mi retina, como un puñal ensangrentado.

## EL RUEGO

Es en la esquina de enfrente, una casa medio perdida dentro de una empalizada. La noche interminable. Gime el perro a largas voces ululantes. Encadenado como está, me lo imagino junto a la perrera, trémulo, arañando la tierra.

Hermoso animal, despierto y bravo; lo vi hace tiempo cierta vez que, escapado a la calle, mordió en el hombro a una mujer.

Aúlla. No es hambre, no es terror. Aúlla.

Atento el oído... ¡Ah, la cadena es fuerte! Una dispersión de sonidos guturales y, tras un silencio, el doble grito que vomita la angustia.

Los locos velan en la sombra. ¡Ja, ja, en la sombra! Los perros gimen en la tiniebla, como los hombres en la oquedad de sus almas. Ja, ja, ja. Los locos velan. Espera tras la empalizada, pobre guardián. Entre la muchedumbre de borrachos de la justicia y el bien, los locos son los fantasmas redentores.

Una hora de horror. ¡La angustia de ese perro, en la noche! ¿Aullará hasta el amanecer?

## EL HABITANTE DE LA TORRE

Detrás de la pared, el reloj: las tres. Ante los cristales desnudos, permanezco inmóvil, con la audición dilatada. Los aullidos, los ladridos como zarpazos, abren un agujero tortuoso por donde penetro en la fuerza suprema de la noche.

El hombre-macho, los ojos acerados y los labios secos, siente en su vida un rumor vasto de océano, bajo sus pies un apoyo de rocas que se alzan. La noche se apodera de él; el mal y el bien, ja, ja, ruedan arrastrados en el vértigo de la fuerza suprema; la Diosa atrapa a estos monigotes, siempre intentando matarlos, pues le parecen abortos y se hacen cada vez más indistintos.

El macho va y viene por la torre del hombre, como un digitígrado hambriento. Dan las cuatro. Los aullidos —el perro; a veces fluye de más hondo una modulación de agonía, tan queda, como si por la noche bajasen lágrimas. ¡Qué horrible, esta tranquila inconsciencia de los hombres!

\* \* \*

Doy la luz. El oído, bien abierto: ni un rumor. Pueden ser las cinco. El *doble* imperante en mi vida de esta noche, obró sin ofuscarse. La hoja del cuchillo está íntegramente roja; no se rían: roja de la sangre de ese perro; lo he muerto.

¿No era su voz? No hay otras en el vientre de la noche, sino las de vida y muerte. Obedecí.

...Ah, también hay una cadenal! Ja, ja, una cadena que asegura a un cadáver.

Apago la luz; amanece. Me llevo a la ventana y observo la empalizada. Je, je: nada.

La mirada se desvía. Allí, sobre la encrucijada, el ojo que yo viera rojizo—placer, muerte—se amortaja.—La suciedad aguanosa del alba.

¿Por qué no he dejado el cuchillo? Mi mano lo empuña como lo hiciera un guerrero o un bandido. Está rojo y no lo lavaré... ¡Qué bien está el acero en una vaina de sangre!